

gracioso que mamá Coupeau vāya llorando miserias por todas partes! Sin embargo, anteayer comió aquí. Nosotros hacemos cuanto podemos. Y como no tenemos el Perú... Pero, por lo demás, ya que va á charlar á casa de otros, lo mejor que puede hacer será quedarse con ellos; no nos gustan los fisgones.

Y cogió de nuevo el cabo de cadena, volviendo la espalda á su vez y añadiendo como á pesar suyo:

—Cuando todos los demás den cien sueldos al mes, nosotros daremos cien sueldos.

Gervasia se había calmado, completamente fría al ver las fisonomías angulosas de los Lorilleux. Nunca había puesto los pies en su casa sin experimentar cierto malestar. Fijos los ojos en el suelo, mirando los montoncitos de serrín donde caían los desperdicios de oro, hablaba á la sazón con tranquilidad y decía que mamá Coupeau tenía tres hijos y que, dando cada uno cien sueldos, no se reunirían más que quince francos, lo que en verdad no bastaba para vivir; al menos era necesario triplicar la suma.

Pero Lorilleux ponía el grito en el cielo. ¿De dónde querían que robase quince francos al mes? ¡Vaya! Locos estaban de remate los que le creían rico porque había oro en su casa. Después comenzó á vomitar sapos y culebras contra su suegra; una mujer que no quería privarse de café por la mañana, ni mucho menos de sus copejas de aguardiente, y, en una palabra, tan exigente como pudiera serlo una persona acomodada. ¡Pardiez! á todo el mundo le gusta la buena vida, pero cuando no se ha sabido economizar un sueldo, no hay más que echarse un candado á la barriga.

Por otra parte, mamá Coupeau aún no había llegado al extremo de no poder trabajar; todavía veía lo bastante cuando se trataba de coger una buena tajada del fondo del plato, y, por fin, era una vieja marrullera, ganosa de perecear.

Por lo que á él toca, aún cuando le hubiesen sobrado los recursos, creería obrar pésimamente manteniendo á alguien en la holganza.

Sin embargo, Gervasia continuaba en tono conciliador, rebatiendo pacíficamente esos argumentos de mala ley.

Procuraba enternecer á los Lorilleux. Pero el marido acabó por no contestar palabra. Su mujer, actualmente, estaba delante de la fragua, ocupándose en limpiar un trozo de cadena en la cacerola de cobre de mango largo, llena de agua segunda. Permanecía siempre vuelta de espaldas, como si se encontrase á cien leguas de allí.

Y Gervasia seguía hablando, mirádoles absorberse en el trabajo, en mitad del negro polvillo del taller, el cuerpo encorvado, los vestidos remendados y gra-sientos, como embrutecidos á manera de viejas herramientas en su penosa tarea de máquina. Entonces, bruscamente, presa de un nuevo arranque de cólera, gritó:

—¡Está bien, guardad vuestro dinero!... Tomo á mi cargo á mamá Coupeau; ¿lo oís?... La otra noche recogí un gato; conque, bien puedo ahora recoger á vuestra madre. ¡Y os aseguro que no carecerá de nada, ni de su café ni de su copa!... ¡Dios mío! ¡qué familia de roñosos!

La señora Lorilleux, al oír esto, se volvió, y, blandiendo la cacerola, como si quisiese arrojar el agua al rostro de su cuñada, tartajeaba:

—¡Largaos al momento, ó no respondo de mí!... ¡Y no contéis con los cien sueldos, pues no daré ni un rábano! ¡no, ni un rábano! ¡vaya, vaya! ¡cien sueldos! ¡Mamá os serviría de criada, y vos os regordearíais con mis cien sueldos! Si va por vuestra casa, podéis decirle que aunque reviente no cuente de mi parte ni con un vaso de agua. ¡Ea! ¡largo de aquí! ¡despejad, que estorbáis!

—¡Qué monstruo de mujer!—exclamó Gervasia cerrando la puerta con violencia.

Desde el día siguiente llevó á su casa á mamá Coupeau y puso su cama en la alcoba grande donde dormía Naná y que recibía la luz por una ventana redonda que estaba cerca del techo. No fué larga la mudanza, porque mamá Coupeau, por todo mobiliario, tenía aquella cama, un viejo armario de nogal que colocaron en el gabinete de la ropa sucia, una mesa y dos sillas. Se vendió la mesa y se echaron nuevos asientos en las sillas, y la anciana, la noche misma de su instala-

ción, barrió, fregó los platos, procurando ser útil en algo, muy contenta de haber salido de apuros. Los Lorilleux rabiaban, tanto más cuanto que la señora Lerat acababa de hacer las paces con los Coupeau. Un día las dos hermanas, la florista y la cadenista, habíanse arañado á causa de Gervasia; la primera se arriesgaba á aprobar la conducta de ésta para con su madre; después, terca que terca, al ver á su hermana exasperada, llegó á decir que encontraba magníficos los ojos de la planchadora, ojos en los que hasta podían encenderse yescas; y de ahí resultó que las dos, después de haberse abofeteado, habían jurado que no volverían á verse más.

Actualmente la señora Lerat pasaba las veladas en la tienda, donde gozaba en sus adentros con las desvergüenzas de la mocetona Clemencia.

Transcurrieron tres años y en este tiempo riñeron é hicieron las paces diferentes veces. A Gervasia se le importaba un bledo de los Lorilleux, de los Roche y todos los que no pensaban como ella. Si no estaban contentos—decía—podían irse á... paseo. Ella ganaba cuanto quería y esto era lo importante.

En el barrio habían acabado por tenerla en gran consideración, porque, en definitiva, no era fácil encontrar parroquianos como ella, tan buena y tan puntual en el pago, ni regatona, ni roñosa.

Tomaba el pan en la tienda de la señora Coudeleoup; calle de Poissonnieres, la carne en la del grueso Carlos, carnicero de la calle Polonceau, y las especias en casa de Lehongre, calle de la Goutte d'Or, casi enfrente de su tienda. Francisco, el tabernero de la esquina, le llevaba el vino por cestos de cincuenta botellas. El vecino Vigoroux, cuya mujer debía tener moradas las nalgas de tantos pellizcos como le daban los hombres, le vendía su cok al mismo precio que la Compañía del gas. Y podía asegurarse que sus proveedores la servían á conciencia, pues sabían que haciéndolo así, salían con ella gananciosos. Por eso, cuando salía por el barrio en zapatillas y sin gorra en la cabeza, todos la saludaban; la calle era como si dijéramos su propia casa, y las contiguas venían á

ser como dependencias naturales de su habitación; siempre abierta al nivel de la acera.

Cuando tenía que hacer un recado, gustábale andar de un lado á otro, visitando á sus conocimientos. Los días en que no tenía tiempo para poner la comida al fuego, iba á comprar raciones, parlotando con el propietario y habituales concurrentes al restaurant que ocupaba la tienda del otro lado de la casa, una extensa sala con vidrieras, á través de cuya suciedad se percibía la pálida claridad del patio, allá en el fondo. O bien se detenía para charlar cargada de platos y vasos, delante de alguna ventana del piso bajo; en la tienda del zapatero remendón, donde se vislumbraba la cama sin hacer, un suelo lleno de harapos; de cunas estropeadas, y el barreño de la pez lleno de agua negra. Pero el vecino á quien más respetaba era el de enfrente, el relojero, el señor de levita, de aspecto aniñado, huroneando continuamente relojes con sus pequeñas herramientas, y á menudo atravesaba el patio para saludarle, extasiándose risueña al contemplar en aquella tienda, angosta como un armario, la alegría de los cuclillos cuyas péndolas se despachaban á su gusto, sonando la hora á contratiempo, todos á la vez.

VI

Una tarde de otoño, Gervasia al volver de entregar su ropa á una parroquiana en la calle des Portes Blanches, se encontró, sin advertirlo, en la calle des Poissonnieres, al declinar el día.

Había llovido aquella mañana, la temperatura era muy suave, exhalábase del suelo el característico olor de tierra mojada, y la planchadora, embarazada con un gran cesto, andaba algo sofocada, retardando el paso, entregada á cierta laxitud, subiendo la calle con la vaga preocupación de un deseo sensual, aumentado por la pereza. De buena gana se hubiera comido un buen plato.

En aquel momento, alzando los ojos, percibió la lámpara de la calle Marcadet y se le ocurrió de repente la